



Cibercultura y formas de vida digitales en América Latina: juegos del lenguaje y una ética latinoamericana de la conectividad

Castañeda Díaz, M. S. (2026). Cibercultura y formas de vida digitales en América Latina: juegos del lenguaje y una ética latinoamericana de la conectividad [*Postprint*].

CIENCIA *ergo-sum*, 33.

<https://doi.org/10.30878/ces.v33n0a69>

Sección: Ciencias Sociales

Universidad Autónoma del Estado de México, México

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.



Esta versión del artículo es una “versión final del autor” que fue aceptada por un proceso de **evaluación por pares ciegos**. Este documento diferirá en formato respecto a la “versión del editor”, la cual se someterá a un proceso de corrección de estilo y de diseño editorial. De ninguna forma se modificará el contenido. Todas las ideas que se presentan son responsabilidad del autor.

Cibercultura y formas de vida digitales en América Latina: juegos del lenguaje y una ética latinoamericana de la conectividad

Cyberculture and Digital Ways of Life in Latin America: Language Games and a Latin American Ethics of Connectivity

María del Socorro Castañeda Díaz¹

Universidad Autónoma del Estado de México, México

ROR: <https://ror.org/0079gpv38>

Correo electrónico: maria.castaneda.diaz@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9894-383X>

Recepción: **1 de diciembre de 2025**

Aprobación: **20 de mayo de 2026**

RESUMEN

Se analiza cómo las redes digitales reconfiguran las formas de vida en América Latina, desde la filosofía del lenguaje, los estudios de comunicación y la cultura digital. El análisis considera los juegos del lenguaje que organizan la interacción, las formas de construcción de identidad, afectividad y visibilidad, y las tensiones entre desigualdad, creatividad y resistencia en plataformas digitales. Para obtener los resultados, se realizó una investigación documental de enfoque teórico-interpretativo, para examinar la cibercultura como práctica social situada. Se concluye que las formas de vida digitales expresan dependencia tecnológica y formas de respuesta social, por lo que resulta necesario fortalecer una alfabetización digital crítica orientada a la autonomía, el cuidado y la comprensión de las desigualdades de la vida conectada.

PALABRAS CLAVE: cibercultura, comunicación digital, formas de vida, juegos del lenguaje, redes sociales digitales

ABSTRACT

This article analyzes how digital networks reconfigure forms of life in Latin America, drawing on the philosophy of language, communication studies, and digital culture. The analysis considers the language games that organize interaction, the forms through which identity, affectivity, and visibility are constructed, and the tensions among inequality, creativity, and resistance on digital platforms. To obtain the results, document-based research with a theoretical-interpretive approach was conducted in order to examine cyberculture as a situated social practice. It concludes that digital forms of life express both technological dependence and forms of social response, making it necessary to strengthen critical digital literacy oriented toward autonomy, care, and the understanding of inequalities in connected life.

¹ Autor para correspondencia.

KEYWORDS: cyberculture, digital communication, forms of life, language-games, social networks

INTRODUCCIÓN

Las transformaciones sociales, cognitivas y culturales derivadas de la expansión de Internet han configurado un nuevo horizonte de prácticas comunicativas que trascienden la mediación técnica y se incluyen en la vida cotidiana. En este marco la cibercultura, entendida como el conjunto de prácticas, valores, lenguajes y modos de pensamiento que emergen en torno al ciberespacio (Lévy, 2007) permite analizar cómo las interacciones digitales reconfiguran las formas de vida en red.

En este trabajo se emplea la expresión redes sociales digitales y no redes sociales virtuales, porque la segunda puede sugerir una separación tajante entre lo “real” y lo mediado tecnológicamente. En cambio, hablar de redes sociales digitales permite subrayar que estas plataformas forman parte de la vida social efectiva, material y cotidiana, en interacción constante con prácticas presenciales, dispositivos, infraestructuras y relaciones de poder. La distinción es relevante porque este artículo parte de la premisa de que la experiencia contemporánea no transcurre entre dos mundos separados (uno real y otro virtual), sino en una condición híbrida donde lo digital se integra de manera constitutiva a las formas de vida.

La aceleración de la apropiación tecnológica se manifiesta en la masificación del uso de redes sociales digitales y en los cambios generacionales que han desplazado las plataformas dominantes. Así, por ejemplo, de acuerdo con *Digital 2026: Mexico* (Kemp, 2025), en México había 99 millones de identidades de usuarios activos de redes sociales en octubre de 2025, equivalentes a 74.9% de la población total. De ellos, TikTok e Instagram concentran los mayores crecimientos, mientras que Facebook, que durante más de una década fue el eje de la vida digital, muestra un proceso de envejecimiento demográfico: es utilizada sobre todo por personas adultas mayores de 35 años, mientras que las generaciones más jóvenes se inclinan por entornos visuales y audiovisuales de consumo breve y alta interacción. No obstante, esta pérdida de centralidad entre los públicos más jóvenes no vuelve irrelevante a Facebook; por el contrario, su permanencia entre personas adultas y mayores la convierte en una plataforma clave para analizar formas de sociabilidad intergeneracional, memoria compartida, organización comunitaria y circulación afectiva en la vida digital latinoamericana.

Aunque X (antes Twitter) no concentra los volúmenes de uso de otras plataformas, mantiene un papel en conversación pública, agenda informativa y activismo. En México, la plataforma reporta un alcance publicitario estimado de 12.5 millones de usuarios ($\approx 11\%$ de la población) en 2025, con tendencia $+6.8\%$ interanual; su base es más urbana y de alto interés por noticias y política, lo que la vuelve espacio de alta visibilidad simbólica y de “tiempos reales” de discusión pública. En el plano regional, X sigue operando como nodo de noticiabilidad (breaking news) y coordinación de hashtags, aún si no lidera en penetración general. Estas cifras y funciones ayudan a situar su peso específico en la cibercultura latinoamericana: menos “masiva” que otras redes, pero central para los juegos del lenguaje ligados a la controversia, la ironía y la performatividad pública (Kemp, 2025; Reuters Institute, 2025).

En la región latinoamericana, Brasil, México y Argentina destacan como polos de expansión del consumo digital, especialmente en formatos de video corto. Estos datos evidencian que la cibercultura latinoamericana no solo reproduce los patrones globales de consumo tecnológico, sino que genera formas de vida propias, caracterizadas por la creatividad, la participación comunitaria y la adaptación de los lenguajes digitales a contextos sociales marcados por la desigualdad (Rueda Ortiz, 2022).

Un aspecto esencial de esta dinámica es la participación cada vez más temprana de adolescentes y menores de edad en entornos digitales, a pesar de las restricciones formalmente establecidas por las plataformas. Por ejemplo, según el Instituto Federal de Telecomunicaciones (IFT, 2023) el uso de redes sociales entre menores de edad en México aumentó de 39 % en 2017 a 69 % en 2022. Asimismo, datos de UNICEF México (s. f.) señalan que entre los adolescentes mexicanos de 12 a 17 años el uso de internet oscila entre 80% y 94%. Este uso “tolerado” refleja un proceso de socialización digital temprana, en el cual los jóvenes aprenden a integrarse en comunidades digitales, apropiándose de los juegos del lenguaje propios de cada entorno y generando nuevas convenciones comunicativas.

Estas prácticas delinear una forma de vida intergeneracional, donde los códigos, gestos, etiquetas y estilos para expresarse definen la pertenencia social. La exposición de la intimidad, la búsqueda de aprobación simbólica a través de “likes” o “views” y la producción constante de microcontenidos, se convierten en componentes estructurales de la vida digital latinoamericana.

Desde la perspectiva wittgensteiniana, las formas de vida se expresan en juegos del lenguaje: usos, convenciones y prácticas que otorgan sentido a la acción a través de códigos comunes dentro de un mundo compartido. En la cibercultura contemporánea, estas reglas se reformulan en entornos mediados por algoritmos, donde la interacción, la creatividad y la visibilidad operan como nuevas gramáticas del reconocimiento.

El presente artículo examina las relaciones entre cibercultura, formas de vida y juegos del lenguaje con una mirada hacia el contexto latinoamericano, con énfasis en México. Para ello, organiza el análisis en tres ejes complementarios: a) las gramáticas de visibilidad y autorrepresentación en plataformas abiertas como TikTok, Instagram, X y Facebook; b) la sociabilidad íntima y comunitaria mediada por WhatsApp; y c) la afectividad digitalizada en las aplicaciones de citas. La propuesta articula la filosofía del lenguaje con los estudios de comunicación y cultura digital, con el fin de ofrecer una lectura crítica de las formas de vida digitales en el Sur global, donde creatividad, precariedad, hiperconexión y desigualdad coexisten como rasgos definitorios de la contemporaneidad.

1. METODOLOGÍA

Metodológicamente, este trabajo se desarrolló bajo la perspectiva de investigación documental teórico-interpretativa, orientada a comprender la vida digital contemporánea desde un enfoque interdisciplinario que articula la filosofía del lenguaje con los estudios de la comunicación. No se trata de un estudio empírico con corpus delimitado, protocolo de observación sistemática ni pretensión de generalización estadística, sino de un ejercicio analítico y crítico sustentado principalmente en la revisión de literatura académica, informes especializados y fuentes documentales pertinentes para el análisis de la cibercultura contemporánea.

En este marco, la observación reflexiva de prácticas comunicativas en entornos digitales se emplea únicamente como recurso heurístico complementario, es decir, como apoyo para identificar ejemplos ilustrativos y reconocer regularidades visibles en el uso social de ciertas plataformas, pero no como técnica empírica sistematizada ni como base probatoria autónoma. En consecuencia, los casos mencionados en el artículo no constituyen un corpus exhaustivo ni representativo, sino referencias analíticas que acompañan la construcción conceptual del argumento.

La selección de las plataformas analizadas respondió a cuatro criterios: a) su alta presencia en la vida cotidiana digital contemporánea; b) la diversidad de experiencias comunicativas que permiten observar; c) su relevancia para examinar procesos de identidad, visibilidad, afectividad e interacción; y d) su pertinencia para el contexto latinoamericano, particularmente en México. Desde esta lógica, TikTok e Instagram fueron consideradas por su centralidad en la producción de visibilidad, autorrepresentación y circulación de microcontenidos audiovisuales; Facebook, por su persistencia como espacio de sociabilidad intergeneracional, memoria social y organización comunitaria; X, por su papel en la conversación pública, la controversia y la circulación de agendas informativas; WhatsApp, por su importancia en la comunicación interpersonal y grupal de la vida cotidiana; y las aplicaciones de citas, porque permiten observar formas emergentes de afectividad, autopresentación y vínculos mediados algorítmicamente.

En consecuencia, la elección de estas plataformas no busca exhaustividad, sino ofrecer un conjunto significativo de entornos digitales que permita analizar distintos juegos del lenguaje y distintas formas de vida mediadas por tecnología.

2.RESULTADOS

2. 1 Cibercultura y lenguaje: una articulación teórica

Comprender la cibercultura contemporánea implica reconocer que el lenguaje como acción social se ha desplazado hacia entornos donde las fronteras entre lo técnico y lo humano se diluyen. Desde Wittgenstein, el significado se ancla en el uso, y los juegos del lenguaje son las reglas que permiten habitar un mundo compartido: hablar es actuar dentro de una forma de vida. En la actualidad, esa forma de vida se amplía a lo digital: un espacio en el que la interacción, la creación y la representación se entrelazan hasta el punto de que lo “digital” y lo “real” ya no son ámbitos separados, sino parte de una misma experiencia existencial.

En este sentido, Pierre Lévy (2007) concibe la cibercultura como el entorno en que las prácticas humanas, técnicas, simbólicas y afectivas, se reconfiguran colectivamente en el ciberespacio. El ciberespacio no es un mero soporte tecnológico, sino que se ha convertido en un territorio antropológico, donde la acción colectiva produce sentido y conocimiento mediante la interconexión. Las comunidades en red no solo transmiten información, sino que

generan nuevas reglas del juego que modelan lo que se puede decir, ver y compartir.

La teoría de la sociedad red de Manuel Castells (2009) profundiza esta idea al mostrar que el poder contemporáneo radica en la capacidad de moldear significados. En su obra *Communication Power*, Castells (2009: 3) afirma que “*the most fundamental form of power lies in the ability to shape the human mind*”. El control del sentido se ejerce mediante la comunicación: los flujos de información organizan la experiencia social y reconfiguran los espacios públicos. La comunicación digital, a través de lo que denomina *mass self-communication*, multiplica los emisores y descentraliza la producción simbólica, convirtiendo a las plataformas en nodos de visibilidad y reconocimiento donde se elaboran identidades y se disputan significados.

Desde América Latina, Rocío Rueda Ortiz (2008) propone pensar la cibercultura como una apropiación situada, donde las prácticas digitales se resignifican *desde abajo*, entre precariedad, creatividad y resistencia. Las comunidades latinoamericanas no reproducen pasivamente los modelos del norte tecnológico: los rediseñan en clave local. En TikTok o Instagram, por ejemplo, esta re-apropiación se manifiesta en la capacidad de los usuarios de transformar los lenguajes globales en gestos, humor y afectos que expresan pertenencia y agencia cultural.

Complementariamente, Carlos Scolari *et al* (2018) describen la emergencia de competencias transmedia como el conjunto de alfabetismos múltiples necesarios para participar en esos ambientes novedosos: analizar, producir y gestionar contenidos e identidades en redes digitales. Estas competencias, lejos de ser solo habilidades técnicas, son condiciones de ciudadanía comunicativa en la cultura digital.

Kress y Van Leeuwen (2006) recuerdan que los significados se construyen en marcos culturales específicos. Sus gramáticas del diseño visual (o gramáticas sociosemióticas) permiten entender cómo los recursos expresivos (imagen, voz, tipografía, gesto, ritmo) se convierten en reglas de sentido compartidas. En los entornos digitales latinoamericanos, estas gramáticas se evidencian en las estrategias de visibilidad, en el uso afectivo de la imagen y en la circulación colectiva de lo íntimo como signo de pertenencia.

En conjunto, estas perspectivas convergen en una hipótesis: las formas de vida digitales

latinoamericanas constituyen juegos del lenguaje tecnosociales donde lenguaje, tecnología y afecto se entrelazan en una experiencia que ya no distingue nítidamente entre lo conectado y lo desconectado. Aquí es donde la reflexión de Luciano Floridi (2015) sobre el *onlife* resulta iluminadora: habitamos una realidad híbrida en la que lo físico y lo digital coexisten sin fronteras claras. La cibercultura no es una esfera paralela, sino que se convierte en parte fundamental de la vida cotidiana.

Desde esta lectura, la comunicación digital no solo media la realidad, sino que contribuye a producir sentidos, marcos de experiencia y formas de relación. Las redes sociales pueden entenderse no solo como espacios de representación, sino también como contextos en los que la identidad se configura relacionamente a través de la comunicación. En América Latina, esa condición *onlife* adquiere matices propios: emerge de la desigualdad, pero también de la invención colectiva; de la dependencia tecnológica, pero también de la capacidad de recrear los códigos y dotarlos de nuevos sentidos. Las formas de vida digitales son así el resultado de una doble tensión: la que impone la arquitectura global de las plataformas y la que surge de la creatividad social que las reinterpreta cada día.

La cibercultura no debe entenderse como una esfera paralela ni como un espacio autónomo de lo social, sino como una dimensión que es parte de la vida cotidiana contemporánea de una buena parte de la población, en la cual lo tecnológico atraviesa las prácticas, los lenguajes y las formas de relación. Sin embargo, cabe aclarar que esta afirmación no implica suponer que todas las personas están conectadas ni que la conexión sea uniforme o permanente. En amplias zonas de Latinoamérica persisten brechas de infraestructura, alfabetización digital y acceso económico, que determinan quiénes pueden participar activamente de las formas de vida digitales y quiénes quedan al margen. Reconocer esas asimetrías permite evitar una lectura tecnofílica y comprender la cibercultura como un campo de disputa, donde la apropiación tecnológica se entrelaza con condiciones materiales, históricas y culturales heterogéneas.

2. 2. Formas de vida y apropiación tecnológica en la era de las redes sociales

Las formas de vida digitales, noción que propongo aquí como una reflexión propia inspirada en el pensamiento de Ludwig Wittgenstein, designan los modos contemporáneos de habitar

la red: configuraciones sociotécnicas donde lenguaje, identidad y práctica se entrelazan en continuidad entre lo físico y lo digital. En *Philosophical Investigations* (obra original publicada en 1953), Wittgenstein afirma que “*the speaking of language is part of an activity, or of a form of life*” (Wittgenstein, 2009, §23)... Más adelante añade que “*what has to be accepted, the given, is—so one could say—forms of life*” (Wittgenstein, 2009, §226) enfatizando que la comprensión no depende de definiciones abstractas, sino de acuerdos en la práctica (agreement in form of life). En ese sentido, las formas de vida constituyen la base que hace posibles los juegos del lenguaje, es decir, las reglas de uso que otorgan significado dentro de una comunidad y que son resultado de un consenso no escrito y basado en la experiencia.

Adoptando este marco, entiendo las formas de vida digitales como configuraciones en las que tales reglas y acuerdos emergen dentro de las plataformas tecnológicas. Si hablar es actuar en una forma de vida, entonces postear (publicar), reaccionar (comentar o responder), scrollar (desplazarse continuamente por los contenidos) o “duetear” (intervenir un video ajeno en formato de pantalla compartida, típico de TikTok) son juegos del lenguaje cuyo sentido se aprende dentro de las normas y expectativas compartidas en cada entorno digital. Los juegos del lenguaje contemporáneos, que son mediados por algoritmos, métricas y estéticas, revelan cómo la vida en red no es una simple extensión de la realidad social, sino un espacio de normatividad y significado propio, donde lo decible, lo visible y lo aceptable son producto de un acuerdo tácito entre usuarios y plataformas.

2. 3. Apropiación tecnológica y socialización digital

En los contextos latinoamericanos, caracterizados por procesos desiguales de acceso y conectividad, la expansión de los dispositivos móviles y de las redes sociales ha reconfigurado las dinámicas de socialización y aprendizaje. Las plataformas pueden funcionar como espacios centrales de interacción, donde adolescentes y jóvenes adquieren competencias expresivas, técnicas y simbólicas fuera de la educación formal, y su participación sostenida sugiere que las redes sociales operan como entornos cotidianos de socialización, donde desde temprana edad se ensayan pertenencias y formas de reconocimiento.

Como sostiene Rocío Rueda Ortiz (2008), la cibercultura puede entenderse como un proceso de apropiación y rediseño tecnológicos desde las prácticas culturales y los movimientos sociales. TikTok o Instagram no son, por tanto, simples medios de entretenimiento, sino espacios de invención colectiva donde los usuarios traducen los códigos globales a repertorios locales de expresión: la ironía, el humor o la denuncia social se transforman en lenguajes de comunidad. Estas regularidades configuran juegos del lenguaje tecnosociales, cuyas reglas se aprenden empíricamente a través de la participación y la retroalimentación continua.

Un ejemplo ilustrativo de estas apropiaciones lo constituyen los microactivismos digitales que han emergido en México, donde las plataformas se utilizan para reivindicar la diversidad cultural y lingüística. En TikTok, el maestro Julio Hernández Juárez (@juliotzin76), originario de Tlaxcala, se ha vuelto viral por impartir lecciones de náhuatl a través de videos breves que combinan pedagogía, humor y orgullo identitario. De modo similar, la creadora @reynachabeli, vinculada a comunidades oaxaqueñas, difunde contenidos sobre la producción artesanal, las lenguas originarias y las festividades locales, mostrando cómo el entorno digital puede convertirse en un espacio de resistencia cultural. Estos casos evidencian que las formas de vida digitales en América Latina no se limitan a reproducir las lógicas del consumo global, sino que también permiten reapropiar las herramientas tecnológicas para sostener y visibilizar herencias culturales y modos de existencia comunitarios.

En el plano global, fenómenos como #BookTok, una comunidad lectora que ha revitalizado el hábito de lectura entre jóvenes o los movimientos de recomendación cultural en Instagram, muestran que las redes no solo difunden modas o tendencias, sino que pueden articular gramáticas de pertenencia basadas en el gusto, la sensibilidad y la identificación estética. Tanto en Oaxaca o Tlaxcala como en espacios internacionales, estas prácticas sugieren que las formas de vida digitales pueden constituirse como escenarios donde lenguaje, cultura y tecnología convergen en la producción de sentido, visibilidad y comunidad.

2. 4. Gramáticas de visibilidad y experiencia *onlife*

Las transformaciones que ha traído consigo la masificación de Internet exigen nuevas formas de alfabetización mediática. Scolari *et al* (2018) definen las competencias transmedia como

un conjunto de habilidades productivas, narrativas, performativas y éticas, esenciales para participar activamente en las ecologías comunicativas actuales. Dichas competencias constituyen la base práctica de las formas de vida digitales: conocer los códigos de la plataforma que incluyen los ritmos, formatos, tonos y los algoritmos de recomendación (sistemas que sugieren contenidos según comportamientos previos) equivale a dominar las reglas del juego.

Desde la semiótica social, Kress y Van Leeuwen (2006) sostienen que el significado surge dentro de gramáticas sociosemióticas: sistemas de reglas que articulan recursos visuales, gestuales y sonoros en contextos determinados. En TikTok, estas gramáticas se materializan en el cuerpo como superficie de sentido: el ritmo, la sincronía labial, los efectos sonoros y los microgestos funcionan como actos lingüísticos que indexan humor, pertenencia o estatus. El yo se produce performativamente en secuencias de segundos, donde la expresividad corporal sustituye a la argumentación y el montaje audiovisual opera como gramática narrativa. En Instagram, por su parte, la estética curada (composición visual, filtros, paletas cromáticas y coherencia estilística) constituye un lenguaje de distinción. Allí, el yo se vuelve un proyecto editorial: una identidad visual sostenida en la selección, la edición y la armonización del propio archivo cotidiano. En ambos casos, la estética del yo ocupa el lugar que antes tenía el discurso escrito: es mediante imágenes, gestos y estilos que se negocian hoy legitimidad, autenticidad y reconocimiento.

En X (antes Twitter), la construcción del yo se organiza a través de juegos del lenguaje predominantemente textuales. El hashtag opera como marcador de pertenencia colectiva y como herramienta de coordinación discursiva; el repost/quote funciona para recontextualizar y disputa significados; los trending topics marcan la relevancia fugaz y la temporalidad acelerada de la conversación pública; y y Community Notes introduce una práctica metadiscursiva de verificación colaborativa (X Help Center, s. f.). Estas rutinas establecen una gramática donde el ingenio, el sarcasmo, la brevedad y la interpelación directa son capital expresivo. En México, donde X funciona también como canal de consumo y circulación de noticias, esta arquitectura fomenta una visibilidad polémica: los hilos, las réplicas y las citas amplifican controversias y producen reputaciones en cuestión de minutos, configurando jerarquías de autoridad interpretativa (Reuters Institute, 2025). Así, X articula una forma de

vida orientada a la inmediatez, el contraste y la argumentación pública, donde el yo se negocia mediante la habilidad de intervenir oportunamente, de ironizar o de disputar sentidos en “tiempo real”.

En Facebook, los juegos del lenguaje adoptan una lógica distinta, marcada por la temporalidad expansiva y la performatividad comunitaria. A diferencia de TikTok o Instagram, centrados en la estética instantánea y de X, orientado al ingenio y la polémica, Facebook estructura formas de vida basadas en cuidar la propia biografía: publicar estados, compartir recuerdos, etiquetar a otros, reaccionar con un abanico emocional (“me importa”, “me enoja”, “me divierte”) y participar en grupos constituyen actos lingüísticos que reafirman pertenencia, memoria y trayectoria. Su diseño favorece una narrativa del yo más estable, donde la identidad se proyecta a través de vínculos familiares, afiliaciones comunitarias y relatos personales de larga duración. En los grupos (vecinales, migratorios, activistas o de compraventa) se crean microgramáticas de interacción: normas explícitas e implícitas sobre qué se puede publicar, cómo se pide apoyo, cuándo se debate y cómo se sanciona simbólicamente. En América Latina, donde Facebook sigue siendo la red dominante para adultos y personas mayores, estos juegos del lenguaje fortalecen formas de vida digitales intergeneracionales, permitiendo que la plataforma funcione como archivo afectivo, foro deliberativo local y espacio de socialización comunitaria.

En este mismo régimen de visibilidad se inscribe la figura del influencer, que puede entenderse como una condensación extrema de la profesionalización del yo digital. Como han mostrado Abidin (2018) y Khamis, Ang y Welling (2017), la gestión de la imagen personal, la interacción constante con las audiencias y la autenticidad performada configuran una lógica de emprendimiento del yo, en la que la identidad se convierte en recurso simbólico y económico. En los espacios digitales del sur global, esta práctica puede adquirir un carácter profesional y aspiracional, en la medida en que dedicarse a las redes sociales llega a percibirse como una posibilidad de movilidad económica y de reconocimiento simbólico. En ese sentido, más que constituir un fenómeno separado, la influencia digital prolonga y radicaliza las gramáticas de visibilidad ya descritas en TikTok e Instagram: curaduría estética, exposición estratégica del yo, narrativa de la vida cotidiana y producción sostenida de cercanía con los públicos.

A ello se suma que la economía de la atención no solo recompensa la presencia constante, sino también la capacidad de convertir interés en circulación. Por eso, prácticas como el clickbait pueden leerse como parte del mismo ecosistema de visibilidad: títulos, frases, miniaturas o promesas discursivas diseñadas para captar deseo, provocar curiosidad y sostener la retención. Más que una anomalía aislada, el clickbait constituye una práctica recurrente dentro de las lógicas contemporáneas de monetización y exposición. Desde esta perspectiva, la figura del influencer permite observar cómo las formas de vida digitales articulan trabajo, lenguaje e identidad bajo reglas tácitas de reconocimiento, en las que el yo se vuelve proyecto comunicativo permanente, dependiente de métricas, algoritmos y emociones circulantes. En contextos latinoamericanos, esta dinámica resulta especialmente significativa porque entrelaza creatividad cotidiana, desigualdad estructural y búsqueda de legitimidad en escenarios donde la visibilidad puede operar al mismo tiempo como promesa de inclusión y como mecanismo de presión simbólica.

En conjunto, estas plataformas muestran que los juegos del lenguaje digitales no solo estructuran interacciones, sino modos de ser. Mientras TikTok privilegia un yo performativo y corporal; Instagram, un yo estético y curatorial; X, un yo discursivo y polémico, y Facebook un yo autobiográfico y emocional, todos ellos comparten un mismo principio wittgensteiniano: la identidad no se define fuera del uso, sino en las prácticas concretas mediante las cuales los sujetos participan en formas de vida digitales situadas. Cada plataforma moldea un tipo distinto de yo posible y deseable, y cada usuario aprende observando, imitando y repitiendo las reglas que hacen reconocible, legítima o visible su presencia en estos entornos comunicativos.

Estas prácticas encarnan lo que Luciano Floridi (2015) denomina la condición *onlife*: una existencia en la que lo digital y lo físico coexisten sin fronteras claras. La exposición en redes deja de ser un acto complementario para convertirse en un modo de habitar el mundo, donde el reconocimiento y la pertenencia se miden en términos de visibilidad. En los espacios socioculturales del sur global, esta experiencia se complejiza: la visibilidad digital aparece como promesa de inclusión, pero también reproduce las jerarquías que pretende superar, evidenciando la tensión entre emancipación simbólica y dependencia estructural.

En síntesis, las formas de vida digitales, entendidas como extensión analítica del concepto

wittgensteiniano de formas de vida, permiten comprender cómo los individuos articulan lenguaje, identidad y trabajo dentro de las plataformas. No se trata solo de un fenómeno tecnológico, sino de una gramática *onlife* de existencia y de sentido, en la cual comunicarse equivale a participar activamente en los juegos del lenguaje que definen la vida contemporánea.

2. 5. WhatsApp: mensajería, formas de vida y juegos del lenguaje en América Latina

Entre las plataformas digitales más utilizadas en la región, WhatsApp ocupa un lugar singular: no solo como herramienta de comunicación interpersonal, sino como un espacio de sociabilidad cotidiana. En México, la mensajería instantánea es la actividad más frecuente entre los usuarios de internet (90.6%), lo que convierte a WhatsApp en una infraestructura comunicativa esencial (INEGI, 2025). El informe *Digital 2025* (We Are Social & Meltwater, 2025) confirma que más de 90% de los internautas latinoamericanos usa la aplicación mensualmente, situándola por encima de redes abiertas como Instagram o TikTok.

Su particularidad radica en su carácter híbrido, al combinar las lógicas de una red social (grupos, listas de difusión, estados que generan visibilidad y reputación) y de un sistema de mensajería (chats uno a uno). La interacción ocurre entre personas que suelen conocerse (familiares, amistades, colegas o vecinos), lo que produce una intimidad comunicativa basada en la confianza y la reciprocidad. En paralelo, subsisten usos más extensivos, como los grupos comerciales o vecinales en los que participan desconocidos para coordinar compras o actividades comunitarias.

WhatsApp ha desplazado parcialmente usos asociados a la telefonía tradicional: las llamadas y videollamadas a través de internet superan ya 75% del total de usuarios de servicios digitales, según el IFT (2023). Estas videollamadas, por ejemplo, resultan decisivas en contextos migratorios, donde posibilitan la copresencia afectiva entre familiares separados, la coordinación de cuidados y la gestión de la nostalgia. Estudios etnográficos sobre comunidades transnacionales mexicanas muestran que los grupos familiares de WhatsApp actúan como infraestructuras de apoyo y pertenencia, donde se reproducen rituales domésticos y se negocian emociones a distancia.

Desde la perspectiva de las formas de vida digitales, WhatsApp configura juegos del lenguaje

propios. Los *emojis*, los *stickers*, las abreviaciones, los videos, las notas de voz y las cadenas de “buenos días” son gestos que reproducen vínculos de afecto y reconocimiento. Pero entre esos códigos, uno de los más poderosos es el de “dejar en visto”: no responder tras haber leído un mensaje, un acto mínimo que adquiere una fuerte carga emocional y simbólica. “Dejar en visto” es una forma de comunicación negativa que puede expresar indiferencia, rechazo o poder; un juego del lenguaje tácito que estructura jerarquías afectivas y, en ciertos casos, afecta la salud emocional del usuario. Su interpretación depende del contexto, de la relación y del tiempo de espera: no contestar también es decir algo.

En suma, WhatsApp amplía la noción de cibercultura más allá de la exhibición pública, integrando formas de vida basadas en la conversación íntima, la sincronía emocional y el mantenimiento del lazo social. La vida digital no solo se muestra: también se sostiene en esos silencios, pausas y respuestas diferidas que definen los nuevos modos de estar juntos a través de la pantalla.

2. 6. Afectividad, deseo y juegos del lenguaje en las apps de citas

Si WhatsApp representa la esfera íntima de la comunicación entre conocidos, las aplicaciones de citas encarnan un territorio donde la interacción afectiva se tecnifica y la búsqueda de reconocimiento adopta la forma del deseo digitalizado. En América Latina, las más utilizadas son Tinder, Bumble, Badoo, Grindr, Happn, OkCupid y Facebook Dating (Kemp, 2025; Statista, 2025). Cada una de estas plataformas configura juegos del lenguaje afectivos distintos, donde el gesto digital equivale a un acto comunicativo cargado de sentido. Así, por ejemplo, en Tinder, el *swipe* (deslizar a la derecha o a la izquierda para aceptar o rechazar un perfil) constituye una forma elemental de selección, una decisión binaria que traduce el deseo o la desafección en un movimiento. El *match* (la coincidencia recíproca entre dos usuarios que se han aceptado mutuamente) funciona como un acto de validación simbólica. El *superlike* representa una intensificación del interés, una suerte de énfasis emocional codificado en la interfaz. El *unmatch*, en cambio, es un acto de cierre o ruptura, mediante el cual se cancela la posibilidad de diálogo. Finalmente, el *mensaje inicial* inaugura la interacción verbal o visual que define el tono de la relación. En conjunto, estos gestos digitales operan como actos lingüísticos codificados que implican selección, validación y poder simbólico dentro de los juegos del lenguaje del deseo contemporáneo.

Estas plataformas constituyen formas de vida digitales afectivas: sistemas donde el yo se construye mediante la exposición visual, la performatividad del perfil y la gestión algorítmica del gusto. En Grindr, por ejemplo, los perfiles se negocian entre anonimato y visibilidad en torno a la identidad sexual, mientras que en Bumble la norma de que “las mujeres dan el primer paso” redefine parcialmente las reglas de género. En conjunto, estas dinámicas expresan lo que Arriagada e Ibáñez (2020) describen como un ethos neoliberal de autoemprendimiento, en el que la visibilidad y la autogestión emocional se convierten en condiciones de éxito y de pertenencia.

En este ecosistema emergen también prácticas comunicativas con alto contenido emocional, como el ghosting (desaparecer sin explicación), el love bombing (abrumar con afecto y luego retirarlo) o el gaslighting (distorsionar la percepción del otro para manipularlo). Estos comportamientos constituyen juegos del lenguaje del desapego, donde la ausencia y el silencio operan como mensajes. Así como “dejar en visto” en WhatsApp produce significados de poder o indiferencia, en Tinder o Bumble el acto de no responder, *hacer unmatched* o desaparecer actúa como discurso relacional, moldeando la experiencia emocional del usuario y, en muchos casos, generando malestar o fatiga afectiva.

En este sentido, si bien Bumble destaca por visibilizar recursos de apoyo emocional y seguridad, otras plataformas como Tinder, Badoo o Happn también han incorporado mecanismos para orientar al usuario frente al rechazo, el ghosting o interacciones potencialmente dañinas. Estas herramientas no solo cumplen una función preventiva, sino que intervienen en la producción de sentido al modelar las reglas de los *juegos del lenguaje* afectivo-digital: al sugerir qué es una interacción adecuada, cómo interpretar un silencio o cómo establecer límites, las aplicaciones instituyen marcos semióticos que guían la lectura de acciones como el unmatched o la ausencia de respuesta. En este proceso, la plataforma deja de ser un simple mediador técnico para convertirse en una instancia normativa que ordena expectativas, define significados y condiciona la forma en que los usuarios experimentan y gestionan sus emociones en el entorno digital.

Desde la perspectiva wittgensteiniana, estas plataformas consolidan un lenguaje del deseo mediado por algoritmos, donde el significado se genera en el uso: cada *swipe*, cada silencio o cada reacción emotiva redefine lo que se entiende por interés, atracción o rechazo. De esta

manera, las apps de citas amplían la cibercultura más allá del entretenimiento o la comunicación, convirtiendo el afecto en un campo de experimentación social y semiótica, donde las emociones son reguladas por la lógica de la atención y el mercado.

3. DISCUSIÓN

3. 1. Visibilidad, poder y vulnerabilidad en las formas de vida digitales

Las formas de vida digitales, al ser prácticas que articulan lenguaje, identidad y reconocimiento, implican un desplazamiento profundo en las relaciones de poder. En la sociedad red descrita por Manuel Castells (2009), el poder ya no se ejerce solo mediante la coerción, sino a través de la producción de significado. “*The most fundamental form of power lies in the ability to shape the human mind*” (Castells, 2009: 3). Este poder se actualiza en los flujos comunicativos, donde la capacidad de conectar y ser visible define las jerarquías sociales. Las plataformas digitales, al concentrar algoritmos, datos y audiencias, operan como infraestructuras de mediación simbólica que deciden qué voces son amplificadas y cuáles permanecen en la periferia.

En las redes sociales, la visibilidad no es un derecho universal, sino un recurso distribuido de forma desigual. Los algoritmos privilegian contenidos con alto potencial de interacción, reforzando patrones de atención que consolidan a los ya visibles y marginan a quienes no se ajustan a la lógica de la popularidad. Esta dinámica responde a lo que Shoshana Zuboff (2019) denomina *capitalismo de la vigilancia*: un régimen económico basado en la extracción de datos personales para predecir y modificar conductas. La aparente libertad expresiva del entorno digital coexiste, por tanto, con mecanismos de control invisibles que condicionan la producción de sentido.

La exposición del yo en redes sociales, que en apariencia ofrece autonomía y reconocimiento, puede derivar también en vulnerabilidad emocional, simbólica y física. Sherry Turkle (2011) observa que en los entornos hiperconectados los individuos “*are alone together*”: se sienten acompañados por la presencia constante de otros en línea, pero experimentan aislamiento en la interacción presencial. La vida *onlife* (Floridi, 2015) amplifica esta paradoja: la búsqueda de conexión permanente genera dependencia, ansiedad y exposición.

Un caso reciente de violencia contra una creadora de contenido durante una transmisión en

vivo mostró con crudeza cómo la exposición pública en línea puede traspasar la frontera de lo simbólico y derivar en riesgo físico. La rápida circulación del video y los comentarios posteriores evidencian que, en las formas de vida digitales, la visibilidad puede transformarse simultáneamente en capital y amenaza: una forma de poder que otorga reconocimiento, pero también una fuente de vulnerabilidad en ecosistemas donde la vigilancia y el morbo se retroalimentan.

En este sentido, la “sociedad de la exposición” reconfigura el poder como dependencia del reconocimiento mediado. El número de vistas, *likes* (indicadores de aprobación) y *followers* (seguidores) actúa como medida de valor simbólico. Pero este capital es efímero y está sujeto a las lógicas algorítmicas de las plataformas, que pueden amplificar o cancelar (*cancelación digital*: práctica de rechazo colectivo hacia una persona o contenido) a los creadores de contenido en cuestión de horas. En México, diversos episodios recientes ilustran cómo la llamada *cancel culture* ha transformado las redes sociales en escenarios de sanción simbólica y exposición colectiva. En estos procesos, usuarios organizan denuncias públicas, reacciones en video y llamados al boicot frente a contenidos percibidos como misóginos, clasistas o socialmente ofensivos. Este tipo de dinámicas, analizadas por Cabrera Peña y Jiménez Cabarcas (2021) como formas de “reproche público desbordado”, y por Sádaba (2022) como expresiones de un moralismo digital que mezcla justicia social y espectáculo mediático, evidencian cómo los espacios de participación se convierten en arenas de visibilidad y castigo. Las plataformas, al amplificar las emociones colectivas, refuerzan la lógica de la exposición permanente y la vulnerabilidad simbólica de los usuarios.

Asimismo, la mediación algorítmica introduce también un nuevo tipo de vulnerabilidad: la dependencia infraestructural. Los discursos, las memorias y las interacciones cotidianas se almacenan en servidores privados que determinan qué contenidos se conservan, se recomiendan o se eliminan. Como advirtió Neil Postman (1985: 16), cada tecnología redefine no solo los medios de comunicación, sino las condiciones mismas de la cultura: “*new technologies compete with old ones—for dominance of our world-view*”. Las plataformas no solo facilitan la comunicación: la reconfiguran epistemológicamente, estableciendo qué es visible, verificable o creíble.

Dentro de las formas de vida digitales, la visibilidad se vuelve simultáneamente fuente de

poder y vector de exposición. Participar en los juegos del lenguaje de la red implica adaptarse a sus reglas (cuidar el *feed* y la estética, responder con rapidez) y aceptar el riesgo de ser evaluado, archivado o manipulado por sistemas automatizados. Esta tensión entre agencia y control, entre autonomía y vigilancia, constituye el núcleo de la condición digital de nuestros días.

3.2. GRAMÁTICAS AFECTIVAS DE LA CONECTIVIDAD: PRESENCIA, SILENCIO Y DESEO

En este marco, WhatsApp revela una dimensión de poder más sutil: la que opera en el terreno de la presencia y la respuesta. El simple acto de “dejar en visto” se convierte en una forma de control simbólico que distribuye atención, reconocimiento o exclusión, configurando microjerarquías dentro de las redes íntimas. Esa interacción mínima concentra un tipo de vulnerabilidad emocional que define la vida conectada: la exposición a la espera del otro. A diferencia de las redes abiertas, donde la visibilidad se mide por audiencias y métricas, en WhatsApp el poder se mide por la reciprocidad, el silencio o la omisión. En este sentido, los juegos del lenguaje de la mensajería instantánea son también juegos de afecto, donde el sentido se genera tanto por lo dicho como por lo que se elude. El silencio, la demora y la falta de respuesta son interpretaciones en sí mismas, parte de una gramática emocional que puede provocar desde la ansiedad hasta el distanciamiento relacional.

Por su parte, las aplicaciones de citas amplían la relación entre visibilidad y vulnerabilidad en el plano del deseo. En Tinder, Bumble, Badoo o Grindr, la autoexposición visual se asocia a la búsqueda de validación y a la gestión emocional mediada por algoritmos. Los mecanismos de *match*, *like* o *unmatch* transforman la interacción en una economía del reconocimiento donde el rechazo, el *ghosting* o el *love bombing* son formas discursivas de poder afectivo. En estos entornos, la vulnerabilidad no reside en la falta de conexión, sino en la hipervisibilidad: cada gesto o silencio adquiere valor simbólico en un mercado donde la atención y la emoción son capitales escasos. La vida afectiva se convierte así en un espacio donde el juego del lenguaje está mediado por la inmediatez y la posibilidad de desaparecer, haciendo del vínculo un acto efímero y transaccional.

En conjunto, estas dinámicas muestran que la cibercultura hoy no solo redefine la comunicación o el entretenimiento, sino también la estructura misma del lazo social. La exposición, la respuesta y el silencio son hoy mecanismos de interacción que generan

significado, identidad y poder. En este entramado, la vulnerabilidad digital no es una excepción, sino una condición estructural de la vida conectada. Las formas de vida digitales, ya sean los contenidos compartidos en espacios digitales “públicos”, las conversaciones familiares en WhatsApp o los vínculos efímeros de las apps de citas, evidencian que la comunicación tecnológica no solo media las relaciones, sino que las produce, las condiciona y, en ocasiones, las fractura.

En los contextos del sur global, la vulnerabilidad adquiere matices específicos. Las brechas de acceso, la desigualdad económica y la concentración de plataformas extranjeras hacen que la participación digital esté mediada por dependencias estructurales. Sin embargo, los usuarios reconfiguran estas condiciones mediante prácticas creativas de reapropiación, humor y resistencia simbólica, mostrando que las formas de vida digitales no son homogéneas, sino espacios de disputa cultural, donde el poder y el sentido se negocian cotidianamente.

PROSPECTIVA

Las transformaciones comunicativas contemporáneas muestran un tránsito acelerado hacia formas de vida digitales donde lenguaje y técnica se entrelazan en un mismo ecosistema simbólico. En estos entornos, los *juegos del lenguaje* descritos por Wittgenstein (1953) se amplían y diversifican: emojis, algoritmos, silencios, filtros o métricas se convierten en actos de habla que producen realidades compartidas, afectos y estructuras de reconocimiento. A la vez, como sugiere Floridi (2015), habitamos un estado onlife en el que la frontera entre lo físico y lo digital se difumina y la conectividad se vuelve condición de existencia.

En América Latina, esta hibridación adquiere rasgos específicos. Las formas de vida digitales emergen en territorios atravesados por desigualdades históricas, pero también por intensas dinámicas de creatividad, apropiación y resistencia. Las mediaciones culturales propuestas por Martín-Barbero (2003) permiten comprender que la tecnología no opera como un simple dispositivo, sino como parte de redes de ritualidad y socialidad donde los usuarios resignifican lo digital según sus prácticas cotidianas. Del mismo modo, García Canclini (2019) enfatiza que los entornos digitales son espacios de producción simbólica donde identidad, comunidad y consumo se entrelazan en procesos de reinterpretación cultural. Ejemplos como los grupos familiares de WhatsApp o los colectivos activistas en TikTok

muestran cómo los usuarios no solo “usan” tecnología: la culturalizan, la adaptan a sus códigos locales y la convierten en escenario de sentido e identidad.

Sin embargo, estas apropiaciones se desarrollan dentro de un marco geopolítico desigual. Como advierte Ricaurte (2019), la vida digital opera bajo una lógica de colonialidad de los datos, en la que las corporaciones del Norte global capitalizan la información personal y condicionan los modos de participación. La tecnicidad no es neutral: habilita posibilidades, pero también reproduce vulnerabilidades y dependencias. Por ello, las formas de vida digitales en la región son, al mismo tiempo, espacios de reconocimiento, disputa simbólica y negociación de autonomía.

Pensar la cibercultura desde América Latina implica, entonces, desplazar la mirada desde la tecnología como destino hacia la tecnología como territorio interpretativo. Las interacciones en TikTok, Instagram, WhatsApp o incluso en apps de citas constituyen laboratorios donde se ensayan modos de habitar lo digital que combinan deseo de visibilidad, estrategias de cuidado y prácticas de resistencia simbólica. Este horizonte demanda una articulación entre filosofía del lenguaje, estudios de comunicación y epistemologías del sur que permita comprender cómo los usuarios construyen agencia en infraestructuras desiguales.

La prospectiva apunta hacia la formulación de una ética latinoamericana de la conectividad, entendida como un proyecto normativo que articula justicia cognitiva, soberanía digital y transparencia algorítmica. Retomando a Walsh (2018), esta ética reconoce que la justicia no se produce a pesar de la diferencia, sino desde ella, y propone transformar los juegos del lenguaje digitales en prácticas de creación colectiva, cuidado mutuo y participación situada. En este marco, las plataformas ya no se conciben únicamente como infraestructuras técnicas, sino como espacios donde se configuran reglas compartidas que orientan la legitimidad, el reconocimiento y la acción colectiva.

En última instancia, esta ética redefine el sentido mismo de la cibercultura. Más que un ámbito de consumo o dependencia tecnológica, se convierte en un territorio de mediaciones donde las comunidades pueden reescribir las reglas del decir y del convivir. La prospectiva sugiere que las formas de vida digitales pueden evolucionar hacia entornos más justos, inclusivos y humanos, siempre que la región fortalezca su capacidad de interpretar

críticamente la tecnología, disputar sus sentidos y construir alternativas propias.

CONCLUSIONES

Las formas de vida digitales configuran hoy un espacio central de sociabilidad, donde las interacciones se organizan a través de plataformas y lenguajes híbridos que combinan técnica, emociones y prácticas culturales. Siguiendo a Wittgenstein, estos entornos pueden entenderse como nuevos *juegos del lenguaje*, en los que el significado no está dado de antemano, sino que se construye empíricamente: emojis, algoritmos, imágenes, silencios y métricas funcionan como jugadas que transforman la manera en que se construyen vínculos, se expresa la afectividad y se negocia la visibilidad. Más que un simple traslado de la vida social al plano digital, estas prácticas conforman un régimen relacional propio que redefine cómo se conciben la presencia, la reciprocidad y la pertenencia en la contemporaneidad.

En América Latina, estas dinámicas adquieren un carácter situado y profundamente marcado por desigualdades históricas. La conectividad no se distribuye de manera equitativa y opera dentro de estructuras económicas que favorecen el extractivismo de datos y la dependencia de infraestructuras privadas. No obstante, es en este mismo terreno donde emergen formas de apropiación creativa y resistencia simbólica que permiten a las comunidades reinterpretar la tecnología desde códigos culturales propios. En este contexto, la cibercultura latinoamericana no puede describirse como un conjunto homogéneo de prácticas, sino como un campo diverso y situado donde los *juegos del lenguaje* digitales se entrelazan con condiciones locales, históricas y socioeconómicas. Más que identificar expresiones concretas, lo relevante es reconocer que los usos tecnológicos se modulan según marcos culturales distintos, produciendo formas de interacción que no siempre coinciden con las lógicas previstas por las plataformas.

El análisis muestra que la conectividad contemporánea no garantiza inclusión ni justicia social por sí misma. Las brechas digitales, la opacidad algorítmica y la colonialidad de los datos reproducen asimetrías y generan nuevas formas de vulnerabilidad. Sin embargo, en medio de estas tensiones surgen también estrategias locales de resistencia simbólica: humor, ironía, cuidado mutuo y solidaridad que reconfiguran los juegos del lenguaje en contextos situados, desplazando significados hegemónicos y abriendo fisuras en los regímenes de visibilidad. Las prácticas comunicativas digitales son, por tanto, espacios donde se disputa la

posibilidad de ser vistos o reconocidos, no solo a nivel técnico, sino en el plano profundamente pragmático del uso del lenguaje.

En este escenario, la alfabetización digital crítica se vuelve una tarea ética y educativa fundamental. No basta con saber emplear las plataformas: es necesario comprender sus lógicas de funcionamiento, sus implicaciones afectivas y sus dinámicas de poder. Desde una perspectiva wittgensteiniana, alfabetizar implica también aprender a leer y reorientar los juegos del lenguaje digitales, reconocer qué reglas están en juego y cómo pueden modificarse. Fortalecer la autonomía comunicativa exige formar usuarios capaces de interpretar, cuestionar y resignificar las tecnologías desde perspectivas locales y culturalmente enraizadas.

Finalmente, pensar las formas de vida digitales desde América Latina implica reconocer que la tecnología no es un destino inmodificable, sino un campo de mediaciones abierto a la reflexión, la disputa y la creación colectiva. La convergencia entre filosofía del lenguaje y epistemologías del sur permite imaginar modos alternativos de habitar lo digital: más inclusivos, menos extractivos y orientados al cuidado. En ese horizonte, la cibercultura deja de ser un objeto pasivo de consumo para convertirse en un terreno donde se juegan (en sentido literal y wittgensteiniano) la identidad, la justicia y la construcción de comunidad en el siglo XXI.

AGRADECIMIENTOS

La autora agradece a las personas dictaminadoras por la lectura cuidadosa del manuscrito y por la generosidad crítica de sus observaciones, las cuales contribuyeron a mejorar la estructura, la precisión conceptual y la solidez argumentativa del artículo. Sus comentarios permitieron afinar la delimitación metodológica del trabajo, precisar los alcances del enfoque teórico-interpretativo y fortalecer la relación entre la revisión documental y el análisis de fenómenos propios de la cultura digital contemporánea.

De manera particular, se reconoce el valor de las sugerencias orientadas a precisar los criterios de selección de las plataformas analizadas, matizar algunas afirmaciones interpretativas y reforzar la distinción conceptual entre redes sociales digitales y redes sociales virtuales. Estas observaciones enriquecieron la versión final del texto y favorecieron una exposición más clara de la relación entre cibercultura, juegos del lenguaje y formas de

vida digitales en América Latina.

Finalmente, la autora agradece el diálogo académico que hizo posible profundizar en las tensiones entre desigualdad, creatividad, visibilidad y formas de respuesta social que atraviesan la vida conectada, así como en la necesidad de pensar críticamente las condiciones culturales, comunicativas y éticas de la conectividad en la región.

REFERENCIAS

Abidin, C. (2018). Internet celebrity: Understanding fame online. Emerald Publishing.

Arriagada, A., & Ibáñez, F. (2020). YouTubers, Instagrammers, and the neoliberal self-branding ethos. *International Journal of Communication*, 14, 1163–1182.

<https://ijoc.org/index.php/ijoc/article/view/11673>

Cabrera Peña, K. I., & Jiménez Cabarcas, C. A. (2021). La cultura de la cancelación en redes sociales: Un reproche peligroso e injusto a la luz de los principios del derecho penal. *Revista Chilena de Derecho y Tecnología*, 10(2), 277–300.

Castells, M. (2009). *Communication power*. Oxford University Press.

Floridi, L. (Ed.). (2015). *The onlife manifesto: Being human in a hyperconnected era*. Springer.

García Canclini, N. (2019). *Ciudadanos reemplazados por algoritmos*. Universidad de Guadalajara.

Instituto Federal de Telecomunicaciones. (2023, 25 de abril). El uso de las redes sociales entre los menores de edad pasó de 39 % en 2017 a 69 % en 2022, revela informe del IFT [Comunicado 39/2023]. <https://www.ift.org.mx/comunicacion-y-medios/comunicados-ift/es/el-uso-de-las-redes-sociales-entre-los-menores-de-edad-paso-de-39-en-2017-69-en-2022-revela-informe-del-ift>

Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2025). Comunicado de prensa núm. 286/25: ENDUTIH 2024. Usuarios de internet y actividades (mensajería instantánea).

https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2025/OtrTemEcon/ENDUTIH_2024_05.pdf

Kemp, S. (2025, November 8). Digital 2026: Mexico. DataReportal.

<https://datareportal.com/reports/digital-2026-mexico>

Khamis, S., Ang, L., & Welling, R. (2017). Self-branding, 'micro-celebrity' and the rise of social media influencers. *Celebrity Studies*, 8(2), 191–208.

<https://doi.org/10.1080/19392397.2016.1218292>

Kress, G., & Van Leeuwen, T. (2006). *Reading images: The grammar of visual design* (2nd ed.). Routledge.

Lévy, P. (2007). *Cibercultura: Informe al Consejo de Europa*. Anthropos.

Martín-Barbero, J. (2003). *De los medios a las mediaciones: Comunicación, cultura y hegemonía* (ed. revisada). Gustavo Gili.

Postman, N. (1985). *Amusing ourselves to death: Public discourse in the age of show business*. Viking.

Reuters Institute for the Study of Journalism. (2025). *Digital news report 2025: Mexico*.

<https://reutersinstitute.politics.ox.ac.uk/digital-news-report/2025/mexico>

Ricaurte, P. (2019). Data epistemologies, the coloniality of power, and resistance.

Television & New Media, 20(4), 350–365. <https://doi.org/10.1177/1527476419831640>

Rueda Ortiz, R. (2008). *Cibercultura: Metáforas, prácticas sociales y colectivos en red*.

Nómadas, 28, 8–20. <https://www.redalyc.org/pdf/1051/105116292002.pdf>

Rueda Ortiz, R. (2010). *Cibercultura y comunicación: Sujetos, prácticas y apropiaciones*.

Poligramas, (33), 123–148.

Rueda Ortiz, R., & Uribe-Zapata, A. (2022). *Cibercultura y educación en Latinoamérica*.

Folios, (56), 205–218. <https://doi.org/10.17227/folios.56-11803>

Sádaba, C. (2022). Juventud, digitalización y activismo: Algunas reflexiones. *Revista*

ICONO 14. *Revista científica de Comunicación y Tecnologías Emergentes*, 20(2).

<https://doi.org/10.7195/ri14.v20i2.1902>

Scolari, C. A., Rivero Santamarina, D., & Establés, M. J. (2018). Alfabetismo transmedia en la nueva ecología de la comunicación. *El Profesional de la Información*, 27(4), 801–812. <https://doi.org/10.3145/epi.2018.jul.09>

Statista. (2025, 13 de febrero). Usuarios de aplicaciones de citas online en países de América Latina en 2024. <https://es.statista.com/grafico/33929/usuarios-de-aplicaciones-de-citas-en-linea-en-paises-de-america-latina-en-2024>

Turkle, S. (2011). *Alone together: Why we expect more from technology and less from each other*. Basic Books.

UNICEF México. (s. f.). Mantener seguros a niñas, niños y adolescentes en internet. <https://www.unicef.org/mexico/mantener-seguros-ni%C3%B1as-ni%C3%B1os-y-adolescentes-en-internet>

Walsh, C. (2018). *Pedagogías decoloniales: Prácticas insurgentes de resistir, (re)existir y (re)vivir*. Abya-Yala.

We Are Social & Meltwater. (2025). *Digital 2025: Global overview report*. <https://datareportal.com/reports/digital-2025-global-overview-report>

Wittgenstein, L. (2009). *Philosophical investigations* (G. E. M. Anscombe, P. M. S. Hacker, & J. Schulte, Trans.; 4th ed.). Wiley-Blackwell. (Original work published 1953)

X Help Center. (s. f.). About community notes on X. <https://help.x.com/en/using-x/community-notes>

Zuboff, S. (2019). *The age of surveillance capitalism: The fight for a human future at the new frontier of power*. PublicAffairs.